Capítulo 1

La ciudad de papel

Canfranc, 1940

— * —

La primera vez que la vi de verdad estaba lloviendo. No era la lluvia de tormenta que en verano baja por los barrancos arrastrando piedras, sino la de octubre, menuda y terca, una lluvia que no hace ruido, que parece que no es nada y al cabo de una hora te ha calado hasta los huesos. Alguien me llevaba de la mano, una mano grande y áspera, con un callo duro en la base de los dedos, que tiraba de mí sin brusquedad pero sin esperarme. No me acuerdo de quién era, pero de la mano sí.

En un momento dado la mano se paró, yo me paré con ella y levanté la cabeza.

Tendría seis años, y hasta ese día lo más grande que había visto en mi vida era la iglesia. La estación no me cabía en los ojos. Tenía que

mover la cabeza de un lado a otro para abarcarla entera, igual que cuando miras un rebaño desde lo alto de la ladera. Había ventanas y más ventanas, en filas tan rectas que parecían tiradas a cordel, dos torres con tejado de pizarra y, sobre los andenes, un techo de hierro y cristal por el que el agua resbalaba en hilillos.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—La estación.

Y ya está, ni una palabra más. A esa edad yo ya sabía que hay respuestas que cierran la puerta, y aquella era de esas, así que me guardé la pregunta que de verdad quería hacer, que era qué pintaba aquello allí.

Los números los supe mucho más tarde. Doscientos cuarenta metros de fachada y trescientas sesenta y cinco ventanas, una por cada día del año, como decían los viejos del valle con un orgullo que no sé de dónde les salía, porque ninguno había puesto un duro. La inauguraron en julio de 1928 el rey Alfonso XIII y el presidente de Francia, con banderas, música y un banquete del que en el valle se estuvo hablando años. Mi padre estuvo allí. Tenía dieciocho años y vio al rey desde lo alto de una tapia, con otros mozos, entre los empujones de los guardias. Fue de las pocas cosas de su juventud que le oí contar a gusto.

—Llevaba más medallas que un santo —decía—. Y a nosotros ni nos miró.

Yo entonces no sabía nada de eso. Lo único que sabía era que tenía delante un palacio, que en los cuentos los palacios eran para los reyes y que en Canfranc no había reyes, sino ovejas, nieve, guardias civiles y gente que bajaba la voz al pasar por delante del cuartel.

La mano volvió a tirar de mí. Seguí andando, pero con la cabeza vuelta hacia atrás, hasta que tropecé con un bordillo y la voz de arriba me dijo que mirara por dónde pisaba. Miré por dónde pisaba, claro. Pero esa noche, ya en la cama, seguía viendo ventanas.

Nosotros no vivíamos en el pueblo viejo de Canfranc, que queda cuatro kilómetros valle abajo, con su calle larga y su puente de piedra. Vivíamos arriba, en Los Arañones, que es como se llamaba aquello antes de que todo el mundo empezara a decir «la Estación» y punto. Eran cuatro calles mal contadas, con el cuartel, la escuela, la tienda del señor Lacasta, un par de fondas y unas cuantas casas de piedra con los tejados tan empinados que la nieve se caía sola. Todo arrimado al edificio grande como los pollos a la gallina. Al norte estaba el túnel, y al otro lado del túnel, Francia.

Francia era una palabra que cada mayor decía a su manera. Mi madre la decía como se habla de un pariente con dinero, y el guardia civil de la esquina como se habla de un peligro. Mi padre casi nunca la decía.

Nuestra casa estaba a unos trescientos pasos de las vías. Los conté una vez, con siete años, y me salieron trescientos doce, aunque creo que me salté alguno. En el centro de la cocina teníamos el fogaril, ese hogar bajo y abierto de las casas del Pirineo donde se guisa, se seca la ropa y se calienta uno los pies, todo a la vez. Olía a leña de pino, a caldo y a lana mojada. En invierno las paredes sudaban y yo pasaba el dedo por la piedra dibujando caminitos en el agua.

Mi madre se llamaba Felisa y hacía milagros con la cartilla de racionamiento. Con un puñado de harina, agua, sal y un chorrito de aceite te plantaba en la mesa unas farinetas que te llenaban la tripa hasta el día siguiente. Nunca la oí quejarse de lo que faltaba. Cuando faltaba algo, se quedaba un buen rato callada delante de la alacena abierta, como si esperara que apareciera por arte de magia, y luego cerraba la puerta y se ponía con otra cosa.

Mi padre, Mariano, trabajaba de peón en la carretera del puerto. En invierno quitaba nieve con la pala y en verano quitaba piedras, y en las dos estaciones volvía a casa igual de reventado. Se lavaba las manos en la palangana que mi madre le tenía preparada con agua

caliente del fogaril, se sentaba a la mesa y comía sin hablar. Seco no era, pero las palabras se las gastaba fuera y llegaba a casa sin ninguna.

Algunas noches llegaba raro. Enfadado no, porque el enfado yo se lo conocía bien, se le notaba hasta en la manera de colgar la gorra. Era otra cosa. Se le quedaban los ojos clavados en la ventana oscura, como si hubiera visto algo en la carretera que todavía no se le había ido de la cabeza. Mi madre lo miraba entonces de una forma que yo no sabía descifrar. No le preguntaba nada, le acercaba el pan y ya está. Yo tampoco preguntaba, que en aquella casa se aprendía muy pronto qué preguntas merecían la pena y cuáles no.

En aquellos años la estación daba trabajo a medio pueblo. Había mozos de equipajes, guardagujas, faroleros, mujeres de la limpieza, aduaneros españoles y aduaneros franceses, que vivían allí con sus familias y hasta tenían escuela propia. Los críos franceses me parecían de otra especie, con sus zapatos de hebilla y aquella manera de hablar tan deprisa, como si se les fuera a escapar el tren. Mi padre no trabajaba en la estación, pero conocía a todos los que trabajaban en ella y los saludaba con ese cabeceo corto con el que se saludaban los hombres de entonces. Yo me fijaba mucho en esos saludos y me daba cuenta de que algunos duraban más que otros, y de que a algunos hombres mi padre los saludaba sin mirarlos.

Los días sin escuela me escapaba a las vías. Al edificio no entraba, porque me imponía, con aquellas puertas tan altas y aquellos empleados de gorra que te miraban como diciendo «y tú qué quieres, chaval». Me quedaba fuera, junto a la vía, donde el suelo era de piedra suelta y olía a carbón y a grasa, me sentaba en un mojón y me quedaba mirando cómo los raíles se perdían en la boca del túnel. Brillaban como un hueso lamido y me daban envidia, porque ellos por lo menos sabían adónde iban.

Fue en uno de esos ratos, una tarde de aquel mismo otoño, cuando vi en el andén al hombre del cigarro. Estaba solo, con un abrigo

oscuro demasiado largo y unos zapatos de ciudad, de esos de suela fina que con el barro de aquí no duran ni una semana. Tenía un cigarro en la mano y no lo encendía. Miraba al túnel, y cada poco giraba la cabeza hacia mí de golpe y volvía a mirar al túnel.

Que no era del pueblo lo supe por cómo estaba de pie, porque los de aquí, cuando esperan, se apoyan en algo, y aquel hombre no se apoyaba en nada. Estaba plantado como el que va a tener que echar a correr de un momento a otro. A la cuarta vez que me miró le aguanté la mirada, y no por valiente, sino por pura curiosidad. Tenía cara de no haber pegado ojo y, sobre todo, de que le fastidiaba que yo estuviera allí. Al final se guardó el cigarro en el bolsillo sin haberlo encendido.

Me volví a casa sin esperar al tren y no le conté a nadie lo del hombre. No es que fuera un secreto, es que no sabía qué había que contar. Un hombre con un cigarro apagado no es ninguna historia. Y, sin embargo, han pasado más de ochenta años y todavía lo veo metiéndoselo en el bolsillo.

De noche pasaban trenes. Yo dormía en el cuarto de arriba, en una cama de hierro con un colchón de lana que había que varear cada primavera, y desde allí los oía venir. Primero era un rumor sordo, como de agua corriendo por debajo de la tierra, luego el silbido y luego los cristales de la ventana temblando en el marco. Estaba tan hecho a ese ruido que me dormía con él igual que los hijos de los pescadores se duermen con el mar, y si alguna noche no pasaba el tren, me despertaba.

La noche de la lluvia y las ventanas me quedé despierto esperándolo. Pasó tarde, y me pareció que iba más despacio que otras veces, más cargado, y que los cristales temblaban más. Pensé que iría lleno de gente que se marchaba a Francia y me acordé del hombre del cigarro. Me equivocaba en casi todo. No iba lleno de gente, y lo que llevaron algunos de aquellos trenes, algunos de

aquellos años, no iba hacia Francia, sino que venía de allí. Pero eso lo supe con el pelo ya blanco, y lo contaré cuando toque.

Hay una imagen de aquel primer invierno que me vuelve sin que la llame. Es la estación un día de niebla, de esos de enero en que la nube baja del puerto y se queda sentada en el valle días enteros, tan espesa que desde la puerta de casa no se veía la de enfrente. Con niebla, la estación desaparecía entera, las torres, el tejado, todo, y solo quedaban las luces de las ventanas flotando en el aire, sin nada que las sujetara, como faroles colgados de ningún sitio.

Ese mismo invierno mi madre envolvía el pan en un papel de estraza que nos daban en la tienda del señor Lacasta. Cuando se acababa el pan, yo le pedía el papel, lo alisaba con la palma de la mano encima de la mesa y, con un lápiz de carpintero de mi padre, dibujaba la estación. Empezaba por la fachada, que era tan larga que nunca me cabía y tenía que doblar la punta del papel, seguía con las dos torres y luego iba haciendo las ventanas una a una, en filas. No conseguí dibujarlas todas ni una sola vez, porque siempre se me acababa antes el papel que las ventanas.

Los dibujos los guardaba debajo del colchón. Llegué a tener un buen montón, todos iguales y todos a medias, una ciudad de papel que crecía cada semana y que no se terminaba nunca. Mi madre los encontró una primavera, al varear la lana. No los tiró. Los dejó encima de la cama, bien apiladitos, y no me dijo nada.

Esa noche mi padre se sentó en el borde de mi colchón, cosa que no hacía nunca, cogió el dibujo de arriba y se lo quedó mirando un buen rato a la luz del candil.

—Te faltan ventanas —dijo.

—Ya lo sé. Es que no caben.

Se quedó callado. Luego dobló el papel por la mitad, muy despacio, con aquellos dedos tan gordos que parecía mentira que pudieran doblar nada con cuidado, y me lo devolvió.

—Hay cosas que no caben en un papel —me dijo—. Venga, a dormir.

Tardé muchos años en darme cuenta de que no me estaba hablando de las ventanas.